



Real Academia de Bellas Artes
de San Fernando

Pliegos
de pensamiento
vivo



José Luis Sánchez
Recuerdos para la memoria

Recuerdos para la memoria

Una explicación

Acaban de anunciarme una grave enfermedad, con metástasis. Me envían a casa donde debo estar en reposo. De la cama a la butaca, unido a un largo tubo que me suministra oxígeno.

No siento dolores ni molestias. Solo una inmovilidad, una impotencia. Un cuerpo inerte y una cabeza atormentada. Busco soluciones y recuerdo un ofrecimiento del director de la Academia para participar en una edición de *Pliegos de pensamiento vivo* patrocinada por la Fundación ACS, indicando libertad de temas. En mi estado actual veo que lo único que tengo vivo es el pensamiento. Voy buscando algo adecuado, pensando que el autodidactismo en el arte no ha sido muy tratado, que yo me considero autodidacta y a pesar de ello estoy en la Academia donde la norma, el orden, la tradición son su origen. Y en la enseñanza de las artes creo que voy a ser un poco excéntrico, pero me dedico a recordar y, aunque mi experiencia es más lectora que escritora, considero que ello calmará mis neuronas y me servirá de terapia. Aunque con incomodidad me pongo a escribir y ensucio páginas. En el guion que me propuse estaba destacando el tema de la Academia, pero lo que yo estampaba en un viejo cuaderno era un recuerdo general de mi vida. En el mundo del arte, mi oficio de escultor.

Y como superaba en mucho la extensión requerida, me inclino a separar tan sólo mis vivencias académicas. Si lo llego a terminar y no me arrepiento de ello, me atreveré a enviarlo. Si es oportuno y logra publicarse estaré muy satisfecho, y si no es adecuado tampoco pasa nada.

¿Un intruso en la Academia?

Me llamó por teléfono Pablo Serrano, me dijo que querían proponerme como académico de Bellas Artes en la sección de Escultura. Pensé si sería una broma. ¡Qué no! Me quedé en blanco, dije que lo pensaría y pensé que no entendía nada. Al final dije que bueno, que sí. Hubo votación y no salí elegido, lo cual me calmó. Sin yo saberlo competía con García Donaire, al que estimaba como amigo y como escultor. Lo felicité.

Pero resultó que algo más tarde hubo otra vacante y fue Donaire quien llamó para que me presentara de nuevo. Me pareció un detalle conmovedor. Hubo otra votación y salí

elegido. Alguien me dijo que por los pelos. Y ya era académico electo. Me parecía tan emocionante como irreal. Tuve que averiguar qué tenía que hacer. Me ayudaron. Obligatoriamente debía redactar un tema adecuado que sería impreso, censurado y leído en un acto solemne y público de ingreso en la institución. También, la donación de una obra original destinada al Museo, la obligación de asistir a las sesiones de los lunes y la buena disposición para participar en las tareas de la Academia.

Era diciembre del año 1986. Aproveché parte del verano para redactar mi discurso: *En defensa de la escultura*. Preparé una obra que pretendía que tuviera relación con la arquitectura, mi sueño frustrado. Es una pieza en acero corten que dediqué a Gaudí y titulé *Gaudiana*.

A finales de 1987 se celebró el ingreso solemne; debajo de aquel frac creía llevar un peto de trabajador. Pero todo pasó mejor de lo que suponía. Ya era académico y creo que delante de mi nombre tan común aparecía un Excelentísimo Sr. Todo ello me descolocaba un poco.

Empecé a asistir a las sesiones semanales en un salón muy noble. Un semicírculo de señores encorbatados sentados en cómodos sillones frente a una mesa con la directiva. Conté en total unos treinta y tantos asistentes de los cincuenta numerarios de entonces. Antes, en un previo ambigú muy surtido, había saludado cortésmente a casi todos y estuvieron muy amables conmigo.

Desde la primera sesión, observé. La Academia está dividida en secciones, cada una de ellas representando a una de las artes. Por tanto, es una Academia múltiple, plural. Cada sección es muy independiente y en ella, en cuanto a asistencia a las sesiones, abundaban más los representantes teóricos del arte y los catedráticos, los artistas asistían poco. La Sección de Escultura era muy exigua; estaba presidida por Juan de Ávalos, que no me miró con buenos ojos. Un día me dijo por lo bajo que a los escultores allí los habían tratado de “picapedreros”. Las sesiones estaban dedicadas sobre todo a problemas del patrimonio artístico y asuntos administrativos. Entre mis compañeros distinguí a arquitectos con los que había trabajado: Blanco Soler, Domínguez-Salazar y Luis Moya.

También había amigos pintores: Álvaro Delgado, Rodríguez-Acosta, Manuel Rivera, muy cercanos. Al final de la sesión existía una parte de ruegos y preguntas que apenas era usada.

Pasado un tiempo surgió un asunto dependiente de la Comisión de Censura. Me armé de valor y pidiendo la palabra me asomé de que pudiera existir esta Comisión, que habíamos salido de un régimen en que la censura fue el freno de la cultura, que éramos una institución culta y que me parecía poco congruente con la opinión de una nueva sociedad progresiva. Se discutió bastante el tema. Al final se decidió que la cosa quedaría en una Comisión de Previa Lectura presidida por un Censor. A la salida de la sesión el Duque de Alba me dijo que yo era un poco subversivo.

Más tarde, otro episodio. Me preocupaba que una institución con tanto peso histórico fuese tan poco conocida por la sociedad. Incluso ninguneada por artistas e intelectuales. Su Museo, de un contenido capital, con Goyas de alta temperatura, su Biblioteca inmensa, su Calcografía con todos los grabados de Goya y sus planchas originales... no podía entenderlo. Un día, habiendo llegado dos cuadros de Goya en un intercambio, realizamos una visita para verlos. En un aparte me atrevo a preguntarle al académico delegado del Museo, un profesor muy sólido, que cómo era posible que un evento como ese pasara desapercibido, y el hecho de que el Museo fuera tan poco visitado. Me parecía muy extraño. Me contestó: "Mira, muchacho, es que yo no quiero que 'mi museo' se llene de turistas". Quedé muy tocado. Este tema de la relación con la sociedad me intrigaba y decepcionaba.

Una reliquia tradicional eran los obligados actos fúnebres. La regla era que cuando fallecía un académico resultaba obligatoria una misa de ritual católico. Intención intachable, pero entonces falleció el poeta Rafael Alberti, académico de honor. La Academia celebró en el solemne salón de actos el protocolario funeral católico. Era un conocidísimo comunista, y pensé que el poeta no estaría muy cómodo en su tumba. Me pareció un despropósito y así lo dije. Creía que era un contrasentido social, que nadie lo iba a entender. Que teníamos una Constitución laica que colocaba a la Iglesia Católica en su sitio, que nuestra Academia era Real y estaba dedicada a un rey santo, san Fernando, pero no era una entidad religiosa. Pusieron caras, y la cosa quedó en el aire. En una reforma del *Reglamento* no se modificó nada. Más tarde, el oficio católico sería sustituido por una sesión necrológica solemne y laica, reservando un oficio religioso anual en la capilla de San Antonio de la Florida en honor a Goya y a la memoria de los académicos fallecidos dentro del año. Me parecía más adecuado y discreto. Creía que se había acertado. En un momento aparte el director de entonces me dijo con amabilidad que ¿por qué era tan volteriano? Pienso que el origen de la Academia procede de la Ilustración y aquí se acaba la anécdota.

No sé si estas puntualizaciones pasaban a las preceptivas actas. El secretario de entonces parece que se las llevaba a su casa y algunas no aparecieron nunca más. Quizás estas anécdotas sean un poco agrias.

Al poco tiempo, me nombraron académico delegado del Taller de Vacados y Reproducciones. Consideraba que podía cumplir. En los sótanos de la Academia dormían infinidad de yesos, procedentes de la colección Mengs, de gran valor histórico. De muchos de ellos se realizaban copias destinadas a centros de enseñanza artística o a estancias particulares, a veces para completar decorados de cine o teatro. El taller estaba en manos

de un experto formador, Miguel Ángel Rodríguez, ayudado por un equipo reducido pero muy competente. Mi misión consistía en la supervisión de la actividad del taller. Pero intervine al cambiar sistemas y a sustituir moldes de piezas tradicionales por nuevos materiales. La silicona permitía un ahorro en el trabajo y una fidelidad superior. También se realizaron copias en resina cargada de bronce en polvo de algunos monumentos públicos en colaboración con el Ayuntamiento de Madrid, como *El Ángel Caído* de Ricardo Bellver.

Fui delegado del taller durante quince o dieciséis años y estoy orgulloso de ello. Allí aprendí y aporté trabajo y experiencia. Más adelante, aquel ambiente entre fantasmal y mágico me sirvió para impartir unos cursos ofrecidos por el Instituto de España y por la Universidad Complutense. Eran unos créditos para las posibles tesis que preparasen licenciados en Bellas Artes o Historia del Arte. Me pareció que poder hablar de la escultura del siglo XX entre estatuas históricas y neoclásicas siendo a la vez testigos del trabajo, podía ser interesante.

Y creo que así fue. Cinco o seis cursos en los que además di a conocer la Academia, su Museo, su Biblioteca, la Calcografía a jóvenes universitarios que no tenían referencias de ella.

Otra de mis aportaciones fue mi tozuda petición de que el diseño pudiese formar parte de la estructura de la Academia. La primera vez que lo propuse me dijeron que eso era cosa de arquitectos. Pero fui tenaz. Desde mi discurso de ingreso ya lo solicitaba.

Por fin acabó creándose la nueva sección de Nuevas Artes de la Imagen, que alberga a la fotografía, la cinematografía y el diseño. Creo que es un paso adelante.

Hace un tiempo que me encuentro bajo de forma. Acudir los lunes a la Academia se me hace dificultoso; ya no conduzco y desde donde vivo, cerca de Madrid, sólo puedo ir en automóvil. Todo resulta complicado. Oigo mal, no tengo ninguna ocupación, ni asignación de cualquier trabajo, no formo parte de ninguna Comisión. En resumen, me siento viejo, deprimido. Dejo de asistir algún lunes y ello me produce una especie de falta de responsabilidad. Busco alguna salida y casualmente la encuentro en nuestro *Reglamento*

oficial. Quizá una reverdecida curiosidad leguleya de mi olvidada Licenciatura de Derecho me hace tropezar con su artículo 51, que me viene como anillo al dedo. Creo reunir todas las condiciones para ser académico presente en las sesiones aunque esté ausente. Parece un poco surrealista. Lo solicito y se aplica dicho artículo por primera vez en la historia de la Academia.

Me convierto en un académico extra numerario, aunque mi propósito es poder acudir de vez en cuando para saludar a todos y a todas, porque ya tenemos varias mujeres con nosotros. El cambio desde hace treinta años es muy alentador; hasta hay académicos que acuden sin corbata.

Quisiera señalar una cosa banal: hace tiempo la escribanía de plata que presidía la mesa desapareció o fue robada, y se me encargó una nueva que la sustituyese. La realicé en acero y plata y desde entonces está ahí presente, aunque creo que pasa desapercibida. Estando yo presente o ausente este objeto me representa y es el primer diseño que se incorpora al pequeño mobiliario de nuestra Casa. Y cuando yo definitivamente no esté, de esta manera podré estar siempre con vosotros. Un abrazo cordial.

José Luis Sánchez

Portada: José Luis Sánchez, *Gaudiana*

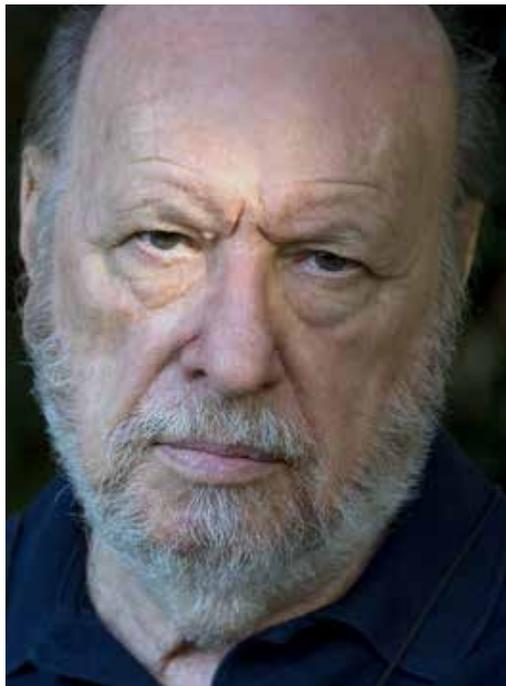
José Luis Sánchez

Almansa, 1926 – Madrid, 2018

Consideraba a Ángel Ferrant su maestro. En la década de 1950 encadenó becas con las que viajaría a Roma, Milán, París... estimulado por la escultura y el diseño nórdico, italiano y la Bauhaus. A su vuelta fue asesor y director artístico y de exposiciones del Ateneo de Madrid.

Arquitectos como Fisac, Carvajal o Fernández del Amo contaron con su colaboración tanto en obra privada como pública. Realizó numerosas exposiciones nacionales e internacionales. También destacó su dedicación a la enseñanza y difusión de la escultura, en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense de Madrid y en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, donde fue recibido como académico numerario en 1987.

El texto póstumo que ahora se publica es el último escrito de José Luis Sánchez.



La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, con más de dos siglos y medio de historia, posee una de las mejores pinacotecas de España, una de las tres Calcografías históricas europeas (con taller de estampación que sigue en actividad), una de las mejores gipsotecas del continente (colecciones de vaciados escultóricos, con su taller de reproducciones artísticas que también está activo) y un Archivo-Biblioteca con una riquísima documentación bibliográfica y gráfica al servicio de la investigación.

Es, además, un órgano consultivo de las Administraciones Públicas en temas de protección del patrimonio histórico y artístico, así como un centro de estudios e investigaciones avanzadas, que desarrolla proyectos de I+D+i.

Su excepcional patrimonio, la importancia del palacio que ocupa en el centro de Madrid y la variedad de sus funciones, hacen de ella un referente en la vida cultural a través de exposiciones, conferencias, conciertos, publicaciones, cursos, etc.

Sus académicos –artistas o especialistas de historia del arte en pintura, escultura, arquitectura, música, cine, fotografía y diseño- integran su estructura orgánica y animan su vida y su oferta cultural. Los *Pliegos de pensamiento vivo* recogen y ofrecen algunas de sus ideas, bien sobre la situación actual del arte en general o de su propia obra en particular, o bien sobre otros temas de su atención.